

Robert Muchembled

EL ORGASMO Y OCCIDENTE UNA HISTORIA DEL PLACER DESDE EL SIGLO XVI A NUESTROS DÍAS

Introducción

La idea de placer abarca una realidad multiforme. De las satisfacciones sensoriales a los arrebatos estéticos o a las beatitudes de la vida espiritual, pasando por las delicias de la mesa, sin olvidar las embriagueces perversas, la paleta de las felicidades humanas se revela como inmensamente variada. En la China antigua, en la época de los Han, los letrados definían el término con precisión remitiéndolo ya sea a una acción (tomar o buscar placer), o bien a un estado, como la euforia, o a emociones o necesidades. Distinguían tres formas posibles de disfrute: la satisfacción inmediata de los deseos, el deleite vinculado al orgullo de la posesión de los bienes o de los seres (palacios y jardines, hermosos caballos, bellas mujeres, ropas magníficas, cocina fina, vinos deliciosos...), la voluptuosidad procedente de una reflexión filosófica acerca de la percepción de los disfrutes experimentados, lo cual conducía en ocasiones a retrasar una de ellas para obtener un éxtasis final más largo y más intenso, e incluso para desdeñarlo. Los grandes maestros aconsejaban a los emperadores que guiasen una verdadera política del placer, inducida por la búsqueda de formas capaces de fortalecer el Estado, la familia y la persona, en lugar de corromperlos, a fin de combatir el derroche de energía, de tiempo y de riqueza.¹ A sus ojos, la virtud y la ascesis del camino confuciano coronaban el edificio para conducir al hombre hacia lo que los occidentales llamarían felicidad.²

¹ Michael Nylan, "On the politics of pleasure", en *Asia Major* (Academia Sinica, Taiwán), 3ª serie, vol. xvi, parte 1, 2001, pp. 73-75. Gracias al autor por haberme comunicado este artículo y haberme permitido aprovechar amistosamente su saber.

² En Europa el concepto no adquiere un lugar importante sino a partir de las Luces y se asocia al tema del progreso con la llegada de la Revolución Francesa: Robert Mauzi, *L'Idée de bonheur dans la littérature et la pensée françaises du XVIII^e siècle*, París, A. Colin, 1960; 2ª ed., 1965.

¡Quien mucho abarca poco aprieta! La presente obra no podría aspirar a agotar una temática tan amplia. He optado por limitar el asunto a la sexualidad, retomando desde este ángulo un tema poco abordado, pese a la tentativa de síntesis de Michel Foucault en 1976.³ Contrariamente a él, considero que una represión muy poderosa de los apetitos carnales se ha instalado en el meollo mismo de nuestra civilización hacia mediados del siglo XVI, sin ceder realmente terreno sino a partir de los años sesenta del siglo XX. Productor de una tensión fundadora entre la libido de cada uno y los ideales colectivos, el proceso ha generado constantemente un poderoso esfuerzo de sublimación durante este largo período, al abrigo cultural sucesivo de la religión -católica o protestante- del ideal de moderación de los filósofos de las Luces o de los médicos del siglo XIX y de las leyes del mercado capitalista. Sobre el fundamento coercitivo firmemente establecido en el siglo XVII se han impuesto luego alternativamente ciclos de liberación y de constreñimiento, cuyo movimiento representa para mí un factor explicativo primordial del dinamismo general de Europa, porque crea obstinadamente la necesidad de subsanar el desequilibrio producido en las conciencias. Por una parte, la acumulación de los deseos insatisfechos durante los períodos de frustración exacerbada conduce a una demanda de emancipación creciente, que concluye por engendrar una liberación libertina. Por otra parte, numerosos seres sometidos, voluntariamente o no, a las tiranías del rigor moral generan una estructura de comportamiento que los empuja literalmente hacia adelante, contribuyendo a llevar sus talentos personales a la incandescencia, en múltiples sectores de actividad, tales como el proselitismo religioso, la guerra y la conquista del resto del globo, las actividades artísticas o intelectuales, el comercio internacional...

Entre las explicaciones clásicas de la originalidad de la aventura europea, muchas giran alrededor de la pareja antagónica formada por la espiritualidad y la economía. Ahora bien, referirse prioritariamente al cristianismo o al capitalismo no me parece del todo satisfactorio, pues estas nociones no describen sólo realidades objetivas, sino que son igualmente producciones culturales, transformaciones en discurso de los hechos sociales y materiales, de las que perfilan los contornos. De ahí que proponga una interpretación más amplia, concerniente a la totalidad de las relaciones humanas, sosteniendo que la sublimación de las pulsiones eróticas constituye el fundamento de la originalidad de nuestro continente, desde el Renacimiento. Rebase ampliamente las normas impuestas por los teólogos y los poderes instituidos para encuadrar de manera permanente el potencial explosivo y muy

³ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité*, t. I: *La Volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976 [trad. esp.: *Historia de la sexualidad*, t. I: *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1977].

desestabilizador que representa la sexualidad, adaptándose sin cesar a las mutaciones principales. Su forma aparente, la represión de la lujuria, es a mis ojos un elemento esencial de la invención de la modernidad occidental, y proporciona el eslabón faltante para comprender la íntima relación establecida entre lo espiritual y lo material, el cuerpo y el espíritu, el ser y los otros. Max Weber asociaba el nacimiento y el desarrollo del capitalismo a la ética calvinista, una manera de explicar el genio europeo mediante la sociología religiosa.⁴ Ensanchando su perspectiva, considero que las originalidades fundamentales de nuestra “fábrica” colectiva conciernen a un esfuerzo creciente por controlar y reorientar la concupiscencia carnal, pero veo ahí una producción segregada constantemente por el conjunto de fuerzas vivas que actúan en la matriz común durante cerca de cinco siglos, no una simple moral surgida del espíritu del protestantismo. De acuerdo con Norbert Elias, que describió la dinámica de nuestra cultura en términos de sublimación personal puesta al servicio de un progreso global, a través de la “civilización de las costumbres”,⁵ deseo, en todo caso, completar su reflexión, centrada sobre todo en la evolución genérica del fenómeno y la producción del nexo social, a fin de develar el funcionamiento del mecanismo oculto que ha permitido la evolución, destruyendo el poder volcánico de los apetitos sensuales. Desde Freud, semejante enfoque puede parecer trivial. Queda sin embargo por explicar cómo la sociedad, fuente de poderes invisibles, consigue canalizar los deseos íntimos para sublimarlos y ponerlos al servicio del grupo entero. El tema combina una historia del disfrute sexual, una interrogación acerca del cuerpo tanto según las teorías eruditas como a través de su percepción concreta, y una indagación acerca del Sujeto humano, desde el tiempo del desdén y del tabú casi absoluto, en los siglos XVI y XVII, hasta el triunfo actual del narcisismo.

En el marco de este ensayo, he decidido limitar la mirada al medio milenario que condujo del Renacimiento a nuestros días, porque descubro una unidad profunda, y comparar dos grandes países, Francia e Inglaterra. Sensiblemente diferentes, según estereotipos bien establecidos, implacables rivales poseedores de los más vastos imperios mundiales hasta la reciente descolonización, promotores los dos de prestigiosas tradiciones, se revelan como sorprendentemente próximos en materia de percepción y administración del orgasmo. Así como uno es católico, el otro es protestante, y sus largos caminos paralelos me incitan a reducir al mínimo la importancia del factor

⁴ Max Weber, *L'Éthique protestante et l'Esprit du capitalisme*, París, Plon, 1964 (1ª ed. en alemán, 1904-1905) [trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003].

⁵ Norbert Elias, *La Civilisation des moeurs*, París, Calmann-Lévy, 1973 (1ª ed. en alemán, 1939).

religioso en la definición y luego en la instalación de un idéntico autocontrol de las pasiones físicas, que concluye en la producción de una “economía libidinal” en la cual reposa el extraordinario empuje europeo desde los grandes descubrimientos. Capitales competidoras, París y Londres fueron los laboratorios privilegiados. Al final del recorrido, Estados Unidos, heredero sublevado de la orgullosa Albión y a la vez fascinado por su rival francés en tiempos de La Fayette, sirvió de tercer punto de referencia para juzgar tanto los parecidos antiguos como las recientes divergencias que se acentúan respecto del Viejo Continente hedonista.

La obra se desarrolla en cuatro partes. La primera presenta la teoría que sostengo, mediante las características esenciales del enfoque occidental del placer carnal desde hace cinco siglos, y la manera como ha establecido una alianza particular con nuestra civilización. Si el cristianismo busca desde el origen aprisionar la lava en fusión del instinto vital bajo un caparazón de prohibiciones e interdicciones, la presión moral sólo se identifica verdaderamente a partir del siglo XVI tanto por parte de los católicos como de los protestantes, que apoyan su acción con severas leyes nuevas promulgadas por los poderes civiles. El autocontrol personal y la culpabilización creciente de las conductas impúdicas u obscenas contribuyen a imponer un modelo de sexualidad puramente procreativa, únicamente admisible en el marco del matrimonio, rechazando por otra parte con gran moderación los placeres de la carne bajo las sábanas conyugales. Cualquier otra conducta se ve estigmatizada. Aunque semejante glaciación de los comportamientos represente más los sueños de los moralistas que un reflejo exacto de las realidades cotidianas, no por ello contribuye menos al desenvolvimiento de una tensión interior entre quienes tratan de domar o frenar sus deseos para obedecer a los mandamientos de la Iglesia y de la legislación monárquica. La energía vital así canalizada se encuentra frecuentemente reorientada, en beneficio de los grandes ideales colectivos. La vigilancia creciente de los cuerpos y de las almas denunciada por Michel Foucault tiene pues consecuencias positivas inesperadas, al hacer que la sociedad se beneficie con la acumulación de energías resultante.⁶ Contribuye por igual a imprimir en los trasfondos culturales, generación tras generación, la impronta indeleble del sufrimiento en el núcleo del placer, aumentada en algunos por un gusto muy marcado por la transgresión. Lo eróticamente no dicho se convierte así en motor secreto de las acciones humanas: produce un

⁶ Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, Plon, 1961 [trad. esp.: *Historia de la locura en la época clásica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976], y *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1975 [trad. esp.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI, 1977].

desequilibrio pulsional individual más creador que destructor y genera una alternación de fases de represión y luego liberación que enriquecen el juego social. El vicio y la virtud no dejan de turnarse, coloreando uno tras otro los siglos, algunos decenios, o un breve período hasta los años sesenta, a partir de los cuales la emancipación sexual de las mujeres y la irresistible progresión de una aspiración a la felicidad inmediata anuncian amplios cambios, e incluso una revolución...

Las tres partes siguientes describen las grandes etapas de la evolución desde el Renacimiento.

En los siglos XVI y XVII el disfrute no se conquista sino en el dolor, la pena o la revuelta. Se debe a la antigua mentalidad cristiana opuesta a la exaltación del cuerpo para mejor salvar el alma. Esta tradición encuentra entonces un consenso nuevo entre los responsables y los poderosos. Los Estados se interesan en adelante, muy de cerca, en el control de la obediencia de sus súbditos y, para bien de la eficacia económica, las ciudades irrigadas por el capitalismo naciente reclaman más disciplina por parte de sus habitantes. El individuo emerge verdaderamente porque se encuentra empujado a afirmar su existencia y a experimentar mejor su culpabilidad con respecto a Dios, el rey y los representantes de los poderes. Improntas imborrables, las prohibiciones vinculan estrechamente el placer con el pecado. Severas persecuciones judiciales vuelven sensible el riesgo mortal corrido por los transgresores, pues algunos son quemados públicamente por haber recordado demasiado las delicias del amor físico. Tales recuerdos acompañarán largo tiempo a los occidentales, hasta las mutaciones de los *sixties* del último siglo. Quizás incluso no estén del todo borrados en nuestra época de epicureísmo.

De 1700 a 1960 se suceden dos grandes ciclos: de libertad de las costumbres y luego de puritanismo. Las Luces alumbran de manera nueva el erotismo y la época ve crecer la ola pornográfica, pero el velo victoriano vuelve a caer pesadamente entre 1800 y 1960, para disimular senos y otras cosas que no podrían ser contempladas decentemente. La medicina del siglo XIX toma realmente el poder sexual, que ofrece por completo a los adultos masculinos casados. Subrayando la frialdad natural, y aun la frigidez, de sus castas esposas, garantiza el triunfo de la doble norma de comportamiento masculino, que autoriza al hombre a frecuentar sin complejos a las prostitutas, únicas capaces de ofrecerle un placer completo. Impone sin embargo una forma de sublimación laicizada insistiendo en la necesidad vital de la moderación de los instintos, pues asimila los excesos venéreos a una enfermedad que puede llegar a ser mortal, particularmente para los muchachos que se entregan a la masturbación. El tema desgarrador del disfrute en el sufrimiento continúa así su camino, envolviéndose en certidumbres científicas.

Desde los años sesenta del siglo xx, el antiguo modelo rigorista resiste en Estados Unidos, pero el hedonismo triunfa en Europa. Los principios de base que encuadran el acto de la carne parecen haber cambiado profundamente en el Viejo Continente. Saberes y ciencias humanas describen en adelante, abiertamente, nociones y actitudes que producen una gran molestia, desde hace algunas décadas, sondeando con frenesí la intimidad de cada uno, explicando sin complejos lo que constituía un paradigma misterioso y sagrado en los siglos anteriores. El equilibrio tradicional anclado en el dogma de la sensualidad vergonzosa del cuerpo oculto se encuentra fuertemente puesto en tela de juicio por la irrupción en las escenas pública y privada del orgasmo femenino, novedad inaudita, de consecuencias ya muy importantes, de efectos incalculables a más largo plazo. Fundamento del contrato social en nuestro universo, por producir el lazo conyugal cuya importancia era considerada primordial hasta hace poco, el pacto carnal está en curso de renegociación entre las dos mitades del género humano, en tanto que surge un actor más, el tercero, el Sujeto homosexual, que reivindica con altura sus derechos.

El conjunto de la construcción se encuentra finalmente sacudido, en el momento en que parece triunfar el egocentrismo, e incluso el egoísmo. La conclusión invita a meditar acerca de las prodigiosas transformaciones que acarrearán las sociedades europeas actuales hacia la dulzura de vivir, mientras que Estados Unidos cultiva una nostalgia del arquetipo familiar y sexual legado por la tradición represiva, de lo cual surge una mayor desconfianza ante las sirenas del placer.

Este último amerita sin embargo una atención particular, en tanto que se perfilan en la escena planetaria grandes perturbaciones que solicitan mutaciones dinámicas e inventivas del modelo occidental. La exigencia cruza el camino de la adaptación de la pareja a los desafíos de la modernidad, pues los discursos concordantes que profieren numerosos poderes prescriptivos sugieren con una insistencia creciente a las partes la diferenciación de las pulsiones genitales de la búsqueda de la voluptuosidad y del deseo infantil. Lo que he intentado formular aquí es una forma ampliada de historia cultural de las sociedades, atenta a los aportes de diferentes disciplinas y a las inquietudes o a los interrogantes de nuestro tiempo. Había que cruzar las miradas para intentar respuestas nuevas a uno de los enigmas más viejos del mundo: ¿qué es el disfrute y para qué sirve?



Primera parte

El orgasmo y Occidente

(fragmento)

El ser humano no existe nunca solo. Gregario por excelencia, de la “horda primitiva” a las llamaradas hedonistas de principios del tercer milenio, pide constantemente a los demás que lo ayuden a vivir y a morir. El objeto mismo de la historia es analizar este vínculo para tratar de comprender cómo y por qué se mantiene unida una sociedad, adaptándose al tiempo que pasa inexorablemente.

Escoger el tema del placer para llevar adelante tales interrogaciones puede parecer paradójico, tanto más cuanto que se trata de una noción vaga, muy difícil de deslindar.⁷ Es a través de su cuerpo y su sexualidad, elementos naturales orientados por cada civilización, como el Sujeto se percibe y luego compone su relación con el otro. Sustento de los goces, prisión de la persona, la envoltura carnal es también una entidad cultural, un elemento de la colectividad que la rodea, una parte del todo político, una porción de un amplio territorio de símbolos. El ser, así definido, está conformado por prescripciones imperativas, ya sea que consienta o trate por el contrario de ejercer su libre arbitrio de la mejor manera posible.

Uno de los grandes enigmas que atormentan a los occidentales desde hace dos milenios, con una intensidad acentuada a partir del Renacimiento, es precisamente el de las relaciones entre el individuo y el grupo. ¿Cuál es su cimiento secreto? ¿Por qué genio particular el *Homo sapiens* se revela capaz de ir más allá de las formas de asociación propias de los primates adelantados, con los cuales comparte tantos genes, si se cree a los biólogos de hoy?

El largo período considerado aquí, de Cristóbal Colón a principios del siglo XXI, es aquel en que Occidente impone su impronta a todo el globo. El “animal imperial” se vuelve en cinco siglos un colonizador imperialista.⁸ El extraño compuesto de donde procede su poder reposa esencialmente en una administración sutil y eficaz de la duración. Occidente no solamente ha inventado procedimientos técnicos y económicos, ha modelado por igual ideales y mitos, necesarios para dar un sentido a su trayectoria y estrechar, de siglo en siglo, de generación

⁷ Lionel Tiger, *The Pursuit of Pleasure*, Boston, Little, Brown, 1992, p. 17 [trad. esp.: *La búsqueda del placer. Una celebración de los sentidos*, Barcelona, Paidós, 1994], recuerda la fórmula de Edmund Burke, reproducida en *The Oxford English Dictionary*: “Pain and pleasure are simple ideas, incapable of definition” [El dolor y el placer son simples ideas, incapaces de definición].

⁸ Lionel Tiger y Robin Fox, *The Imperial Animal*, con nueva introducción de los autores, New Brunswick-Londres, Transaction Publishers, 1998 (1ª ed., 1971) [trad. esp.: *El hombre: animal imperial*, Buenos Aires, Emecé, 1973].

en generación, el tejido comunitario dilatado sin cesar por las conmociones o las novedades. Ha abandonado lentamente, no sin remanentes hasta nuestros días, el viejo concepto cristiano que afirma la dualidad del cuerpo y el alma, optando por formulaciones que insisten en la unidad entre la criatura pensante y su universo de referencia: Iluminismo, derechos del hombre, marxismo, liberalismo, etc. La mutación comienza con Descartes, se intensifica con Newton y toma el nombre de ciencia moderna, de progreso, de marcha hacia la dicha de la humanidad... Se trata en realidad de romper con el peso de la representación de un mundo acabado, donde nada tiene importancia para el fiel, sino preparar su salvación con una buena muerte, mientras todo está escrito por adelantado en el gran libro de Dios, de la Creación al Apocalipsis.

El placer no es lícito en los siglos XVI y XVII, puesto que el individuo, sólidamente enmarcado entre sus pares y diversas tutelas, es severamente advertido de la tentación de contemplarse a sí mismo. Los sistemas explicativos propuestos en los siglos XVIII y XIX celebran a la vez su descubrimiento y el del derecho al goce. No solamente se vuelve fácil buscar las delicias del erotismo sin temer a las leyes ni al infierno, sino que también es posible pensar abiertamente en el fenómeno. Éste adquiere entonces un lugar creciente, pues habla a la vez del ser y de sus deseos, lícitos o prohibidos, y de la función que la comunidad atribuye a la sexualidad, en concordancia con sus valores y sus objetivos dominantes. Los escritos se multiplican al respecto, lo cual no prueba una ausencia de represión, sino una poderosa y fecunda contradicción entre las nuevas necesidades de libertad y las improntas indelebles dejadas por las prohibiciones de los siglos precedentes. Freud se refiere a ello a su manera, subrayando la dualidad del Yo, empujado a la vez por el instinto de vida y por el de muerte, por Eros y por Tánatos. A partir de los años sesenta, sin embargo, Europa bien podría haber conocido una auténtica revolución de la voluptuosidad.

Tal es la trama de lo que quisiera presentar en este ensayo. Se trata también, en filigrana, de una meditación acerca del invento de las ciencias humanas, fieles compañeras de la promoción de Occidente, a fin de captar por qué y cómo el Sujeto entró con vigor en la escena no como un ser liberado de todas sus cadenas, sin dios ni amo, sino como un personaje vigorosamente incitado por su sociedad a adquirir mucho más claramente conciencia de su especificidad, de sus necesidades y de sus deseos. El pequeño resplandor de la dicha permite descubrir y seguir el hilo de Ariadna que debe servir para explorar la gruta de nuestros orígenes. El momento es propicio, porque Europa se encuentra confrontada a oposiciones radicales y a inquietantes competencias, consecuencia de la aparición de temibles oponentes en las otras regiones del globo. Bajo las fracturas, a través de las grietas,

el sentido profundamente oculto llega más fácilmente que en las épocas de firme convicción.